| **GREGORIO MARAÑÓN Y BERTRÁN DE LIS** | NIETO DEL DOCTOR

A mis abuelos nunca les oí hablar de la Guerra Civil

El nieto del doctor Marañón preside la Real Fundación de Toledo, espléndido mirador sobre el Puente de San Martín. /VB

A mis abuelos nunca les oí hablar de la Guerra Civil, aunque sí de sus consecuencias. Del exilio en general y de los amigos que lo padecían; de la pérdida de la libertad; de la intolerancia, la censura y las depuraciones universitarias; de la falta de generosidad de Franco con los vencidos. Eran cuestiones que surgían, una y otra vez, en las conversaciones del Cigarral, y que mi abuelo trataba siempre con apasionamiento.

Para saber lo que pensó y sintió ante los gravísimos acontecimientos de julio de 1936 conservo tres cartas suyas, escritas en aquellas fechas y dirigidas a su amigo Marcelino Domingo, fundador del Partido Republicano Radical Socialista y ministro de Instrucción Pública en el Gobierno del Frente Popular, que constituyen un testimonio tan valioso como significativo.

La primera está escrita el 16 de julio de 1936, a raíz de la muerte de Calvo Sotelo. «Mi dolor, el más grande de mi vida -escribe Marañón-, al ver la República deshonrada y manchada con las mismas culpas que nos hicieron combatir a lo que pasó (...) El infame asesinato de Calvo Sotelo por los guardias de la República, a los que todavía no se ha condenado, por lo que el gobierno da la sensación de una lenidad increíble, nos sonroja y nos indigna a los que luchamos contra la Monarquía porque mataba a los obreros con la Ley de fugas (...)».

«Lo de Calvo es aún peor, porque ha sido más infame en sus circunstancias y porque hemos sido nosotros los que lo hemos hecho (...) Si en la Monarquía, un grupo de civiles o de guardias hubieran asesinado a Pablo Iglesias (...) como se ha asesinado a Calvo, no hubiera durado más de ocho días el régimen. Esto no puede ser. Todos los que estuvimos frente a aquello, tenemos que estar ahora, frente a lo de hoy, para no estar frente a nuestra propia Historia (...)».

«No somos los enemigos del Régimen, sino los que luchamos por traerlo; ni los fascistas, sino los liberales de siempre, y por eso hablamos así ahora (...) Yo ya vivo apartado de todo lo que no sean mis libros. Pero hasta que me muera, tendré vivo mi espíritu liberal (...)».

El 18 de julio Marañón se encuentra en Estoril, atendiendo a un enfermo, y al enterarse del levantamiento militar regresa con carácter inmediato. Un día más tarde le escribe a Marcelino Domingo informándole de su retorno y añade: «Ahora sólo es tiempo de decir ¡Viva la República y España!». El primero de agosto le envía otra carta en la que le manifiesta que «(...) no firmamos los llamados intelectuales con gran satisfacción interior el documento. Porque la adhesión a la República y a su gobierno era excusable por sabida, sobre todo por quienes nos la pedían, gente de aluvión, de última hora, en buena parte. Quizá, conveniente en estos momentos. Pero, sobre todo, lo que hubiéramos querido decir, lo que deberíamos haber dicho era sólo esto ¡paz!».

Calvo Sotelo, ahondada por la condición de sus autores y la falta de condena de las autoridades; su apoyo incondicional y patriótico a la República al producirse la sublevación militar; su clarividente percepción de la verdadera naturaleza de un conflicto que devendría en guerra civil; su anticipada comprensión de la dimensión internacional que cobrarían

«De la lectura de sus cartas se desprende un apoyo incondicional y patriótico a la República al producirse la sublevación y su clarividente percepción de la naturaleza del conflicto»

Algo más adelante continúa: «Me aterra el aspecto de pugna crónica que empieza a tomar el combate. Me aterra el sesgo que pueda dar al futuro la actitud internacional. (...) Me avergüenza estar como espectador en esta lucha que desangra nuestro pueblo. Porque en el otro lado, hay pueblo también. ¿Le parece a usted que podríamos hacer algo? La paz podría salir de nosotros, los que estamos al margen de la lucha política y de los que, como usted, aunque político militante, es y será, sobre todo, hombre de pensamiento y de responsabilidad más honda que la meramente actual que dan los partidos».

De la lectura de estas cartas se desprende la profunda conmoción que le causó el asesinato de los acontecimientos españoles y la propuesta ¡tan temprana! de una iniciativa negociada para alcanzar la paz.

A partir de la última de estas cartas y hasta su salida hacia Francia, en diciembre de 1936, embarcando en Valencia en un buque británico con Ramón Menéndez Pidal y sus respectivas familias, Marañón padeció el terror y la violencia revolucionarias que se generalizaron en Madrid, tras la lamentable decisión del presidente de Gobierno, José Giral, de distribuir armas entre milicianos y sindicalistas.

Los asesinatos de personas cercanas a él como Melquíades Álvarez, -hombre de profundas convicciones republicanas, fundador del Partido Reformista, en el que militó Azaña y ex presidente del Congreso-, de Manuel Rico Avello -que había sido el secretario de la Agrupación al servicio de la República- o de Fernando Primo de Rivera, colaborador suyo en el Instituto de Patología Médica, todos ellos prisioneros en la cárcel Modelo y fusilados en Paracuellos, le estremecieron muy especialmente.

El propio Marañón fue detenido y llevado, al menos en dos ocasiones, a las checas. También fue obligado a firmar, junto con Ortega y algunos más, bajo las peores amenazas, el manifiesto redactado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas, al que se refiere la carta anterior. Igualmente le causó una profunda huella el asesinato, entre otros muchos, de unos parientes próximos, a los que en julio había aconsejado permanecer en España por entender que la República garantizaba el orden público.

Su salida de España fue propiciada por algunas de las más altas personalidades del Gobierno que, como a otros, deseaban salvarle la vida. En la primavera de 1936 la revista *Claridad*, partidaria de Largo Caballero, había tachado a Marañón de fascista, lo que, sin duda, constituía en aquellos momento una gravísima amenaza.

Por este motivo, el doctor Gregorio Marañón y Posadillo respondió al periodista que le preguntó a su llegada a París por la razón de su exilio con una respuesta que resultó tan sobrecogedora como lacónica: «porque iban a matarnos».

(Continua en pág. siguiente)

Biografía

El doctor Gregorio Marañón y Posadillo (1887-1960) está considerado como uno de los más brillantes intelectuales y humanistas españoles del siglo XX.

Tras la caída de la dictadura de Primo de Rivera, a la que se opuso públicamente en varias ocasiones, Marañón firmó un manifiesto junto con Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala, 'Agrupación al servicio de la República' a la que posteriormente se uniría Antonio Machado. Aunque popularmente definido como 'el cirujano que ayudó a nacer a la República', el posicionamiento político de Gregorio Marañón después de la Guerra Civil ha sido analizado desde puntos de vista muy distintos.

Doctor *Honoris Causa* por universidades como La Sorbona, Oporto o Coimbra, miembro de Reales Academias como las de la Lengua, de la Historia, de las Ciencias Exactas, Nacional de Medicina o de Bellas Artes de San Fernando, el doctor Marañón publicó varios centenares de libros, artículos y monografías científicas, sobre temas tan diversos como la medicina, el arte, la historia o la psiquiatría.

GUERRA CIVIL 70 ANIVERSARIO

PERFIL DEL DOCTOR MARAÑON DURANTE LA GUERRA CIVIL (II)

| GREGORIO MARAÑÓN Y BERTRÁN DE LIS | NIETO DEL DOCTOR

La mayor aportación de Marañón fue levantar la bandera republicana

(Viene de la pág. anterior)

Los historiadores que achacan el distanciamiento de la República a Ortega, Pérez de Ayala, Azorín, Marañón, Baroja, Menéndez Pidal, Unamuno y a tantos otros ilustres exponentes en la Edad de Plata de la cultura española, no valoran suficientemente el impacto que les produjo la situación revolucionaria que se vivió en Madrid en los meses de agosto y septiembre de 1936, y que les llevó, durante la guerra, a denunciar las consecuencias totalitarias de la *sovietización* del gobierno republicano.

Esta percepción fue compartida por políticos como Prieto (desde 1938) o Besteiro y el propio Azaña (ya en 1939), quienes achacaron la derrota de la República, en buena medida, a este fenómeno. Si Marañón, como muchos de ellos, descubrió con anticipada clarividencia la naturaleza antiliberal de la revolución soviética, se equivocó, circunstancialmente, infravalorando durante la guerra el verdadero alcance del nacionalismo franquista; pese a ello, durante el tiempo tan difícil del exilio y la dictadura, no dejó nunca, en lo esencial -en su vocación científica e intelectual, en su patriotismo y en su liberalismo- de ser él mismo en toda su integridad, ética y cívica.

A su muerte, Artola pudo escribir que: «la mayor aportación política de Marañón fue sin duda haber levantado la bandera del liberalismo, de la libertad, en una época en que pocos o ninguno podían hacerlo», y López Aranguren manifestó que: «la lección moral de Marañón fue no sólo personal y profesional, sino también política. Su ética severa estuvo penetrada de humana comprensión, y de esta comprensión brotó su profundo liberalismo, que le llevó a ser, hasta su muerte, el más alto poder moderador que en el orden social hubo en España».

El Cigarral, por su parte, no escapó a los avatares de aquel trágico período. En un álbum familiar impresiona ver una fotografía de mi padre, con 22 años, en julio de 1936, retratándose en el cigarral con la alegre compañía de algunos amigos y amigas de su edad, ajenos por completo al inmediato destino que cambiaría sus vidas y las de todos los españoles.

En enero de 1937 mi padre se marchó al exilio con su familia para regresar inmediatamente a España y combatir con las tropas franquistas. Junto a aquellas fotos aparecen otras suyas en Toledo, tomadas un año después, vestido con uniforme militar. Y entre ellas una de la fachada principal del antiguo convento del cigarral, destrozada por las bombas, y sin la espadaña que la coronaba. Parece que fue debido al fuego republicano que respondía al hostigamiento del ejército franquista, apostado en las colinas de los cigarrales. En todo caso, las tropas nacionales ocuparon durante un tiempo el Cigarral, hicieron hogueras con sus muebles y puertas, y saquearon sus objetos más valiosos, como, por ejemplo, el retablo de la capilla, que era lo único que se había preservado del tiempo de los Clérigos Menores. Aunque el Cigarral estuvo embargado desde 1938 hasta 1947 para «asegurar las responsabilidades civiles que determinarán las autoridades militares competentes», mi familia no perdió su posesión gracias a la posición de mi padre en el nuevo régimen.

Marañón (i) en el curso de sus investigaciones sobre El Greco.

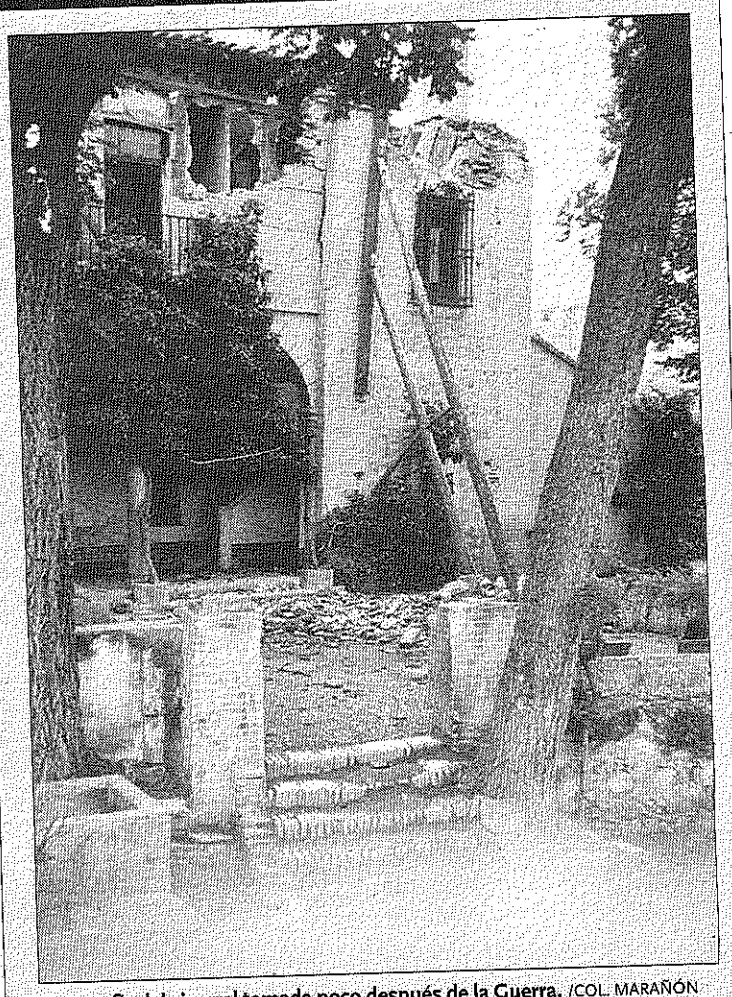
«Durante el tiempo tan difícil del exilio y la dictadura no dejó nunca, en lo esencial -en su vocación científica e intelectual, en su patriotismo y en su liberalismo-, de ser él mismo en toda su integridad, ética y cívica»

«Mis tíos Carmen y Alejandro Araoz -a quienes se debe también la reconstrucción del Palacio de Galiana- reconstruyeron el cigarral, colocando cada piedra en su lugar y replantando los jardines, tras limpiarlos de escombros y metralla»

El Cigarral de Menores no corrió la triste suerte del Ángel Guerra, de Salvador de Madariaga que, tras su incautación, fue vendido y demolido años más tarde. Mis tíos Carmen y Alejandro Araoz -a quienes también se debe la restauración del palacio de Galiana- reconstruyeron el cigarral, colocando cada piedra en su lugar y replantando los jardines, tras limpiarlos de escombros y metralla, mejorándolo con acierto y devoción.

Cuando mis abuelos regresaron del exilio, en 1942, se fueron directamente a su casa toledana, pisando de nuevo, con honda emoción, el suelo español. Encontraron el Cigarral como lo habían dejado seis años antes. Y entonces cobraron su sentido más pleno las hermosas palabras escritas en el prólogo del *Elogio y Nostalgia de Toledo*: «Y sin embargo todo volvió a empezar. Lo que a los hombres nos parece fin, porque lo vemos a través del dolor que amenaza acabarnos, es sólo circunstancia ante el eterno fluir de la vida».

El Cigarral de Menores, ayer y hoy



Fotografía del cigarral tomada poco después de la Guerra. /COL. MARAÑÓN

Acceso a la vivienda principal del Cigarral de Menores en la actualidad. /DP

Aunque el cigarral debe su actual denominación a la comunidad de Clérigos Menores establecida antiguamente en este lugar, Gregorio Marañón y Posadillo bautizó al edificio, tras adquirirlo en 1922, como Cigarral de Los Dolores. El médico madrileño permaneció muy unido a esta finca, a la que trajo, aún antes de la Guerra Civil, a diversas personalidades del mundo de la cultura, la política y la ciencia.

En la actualidad, el aspecto exterior del cigarral se mantiene prácticamente igual pese a haber sido restaurado poco después de la contienda. El tamaño de los viejos árboles de su entrada dan testimonio de ello. Una comparación entre ambas fotografías permite observar cómo fue rehecha, durante los años cuarenta, la espadaña o cuerpo de campanas correspondiente a la antigua capilla de los frailes. También fueron comunicadas las estancias del piso superior a través de una balconada corrida. Por lo demás, el Cigarral de Menores es un edificio que se ha mantenido fiel a su historia pese a haber sufrido también el mordisco de la Guerra.